

LA TRIBUNA ESCOLAR

SEMENARIO ESTUDIANTIL

REDACCIÓN: PRIOR, NÚMERO 27

Precio: DIEZ céntimos

ADMINISTRACIÓN: ESPOZ Y MINA, 8, 3.º

La Asociación Católica de Estudiantes

Compañeros, ¡alerta! ¿Recordáis, como os dije en mi anterior artículo, que si no podían sostener el ataque frente a frente, intentarían disimularlo?

Pues ahí tenéis al culto señor Gil Robles, tratando de demostrarnos que en esta sociedad, los señores y reverendos Padres que figuran en ella no tendrían más papel que el de «consejeros». Permittedme que, cuando lo diga, me sonría levemente. Es claro, y a los ojos de todos está, que por proceder de quien proceden esos «consejeros», serán siempre seguidos... (No hay que sorprenderse de los disfraces; estamos en Carnaval.)

Paso a contestar algunos puntos de la conferencia que ya mencionado señor nos dio en... un local de los anejos de la Clerecía.

El referido joven usó y abusó de las estadísticas; la Aritmética es la ciencia que presta a más juegos de manos; es elástica cual la goma, y puede estirarse o encogerse a voluntad, según al servicio de quien esté.

Antes de pasar adelante, os recordaré otra vez mi anterior artículo: «Empiezo a creer, señor París, que esa conferencia no la ha escrito usted, si no la Casa del Estudiante, etc.», y a la que aludí el conferenciante diciendo: «sea o no verdad también, por propia confesión, ustedes han pedido datos a

Madrid». Ese «también», es todo un poema; es como la confesión de lo que dábamos a la publicidad a título de hipótesis. Ahora bien; sepa el señor Gil Robles (cuyo método de discutir con «guillotina», al estilo del Parlamento, no apruebo), que no es lo mismo pedir unos datos, que enviar una conferencia con interrupciones y todo.

¿Que los de la Asociación General, es decir, los «neutros», como nos llaman, carecemos de ideales? Señores «idealistas» (!), ¿y cuáles son los suyos, si no los que quieren tener los «consejeros» que los inspiran?

Nosotros tenemos la satisfacción de que los ideales que cada uno tenemos (caben todos por ser general) no son «inspirados», sino que, por criterio propio, los tenemos. Además, créanme; porque uno esté afiliado a la Católica, no crea que le sale una reacción mejor ni peor que a uno de la General; a los dos les saldrá bien, si reúne condiciones, y si no las reúne, por muy católico que sea, no le saldrá.

Luego, ¿dónde están las ventajas en el orden científico?

Preguntan por la actuación de la Sociedad neutra. ¿Les parece poco el haber roto la inercia de la masa? ¿No hace una porción de años que aquí mismo, en Salamanca, se viene tratando de

formar una sociedad, y neutra? Nunca se dijo que católica en lo que llevamos aquí, y conste que la Era Cristiana data (según mis noticias) desde hace 1922 años; en todo tiempo se aprovechan de que rompemos el hielo de la apatía, y cuando logramos abrir brecha, desplegaban su bandera y pasaban por ella, como si los héroes y los trabajadores fueran ellos.

Hablan ustedes de la desorganización, de la atomización de los pueblos a causa del individualismo; citan ejemplos y la marcha del proceso. ¡Pues qué! ¿No nos tratan ustedes de dividir en dos grupos? ¿No nos tratan de disociar? Entonces, aplíquense el cuento, y no vengán llamando individualista a una sociedad cuya imprueba labor ha sido la de aunar a todos los estudiantes, para que otra asociación adventicia venga a destruir el trabajo, por el gustazo de que intervengan «consejeros» que nos «dirijan».

Hicieron ustedes la afirmación de que todas las asociaciones neutras llevaban en sí el germen de la muerte. Al contestarle el señor Cáceres que ese germen debía ser ultramicroscópico, porque él no lo había visto, cambiaron ustedes los derroteros.

No creo que nuestro Presidente tuviese la intención ni del materialismo, ni de demostrar que usted no sabía Medicina. Lo primero, porque habiendo hablado usted en sentido figurado, en el mismo sentido habló el señor Cáceres. ¿O es que los de la Sociedad Católica tienen acaparada la metáfora? Lo segundo, porque siendo usted Doctor en Leyes, ninguna obligación de saberlo tiene, aunque si alguna duda nos quedase, usted mismo nos la disipó, al decirnos que no sabía buscar microbios con el escalpelo.

Nosotros, los de Medicina, tampoco los cazamos con ese instrumento, ni con cepos, ni con nudos corredizos.

En cuanto a la favorable resolución de los problemas en su Sociedad, ¿qué nos quiso demostrar? ¿que los curas eran influyentes?

Se pone en conocimiento de los suscriptores, que se han puesto al cobro los recibos correspondientes al mes de Febrero.

Como siempre, no dudamos responderán con entusiasmo a nuestra humilde obra.

DON NADIÉ.

Ya lo sabíamos desde un principio. Dígalo sino el asunto de las Clínicas.

¿Que todo lo de la Unión General de Estudiantes son proyectos? Le contestaré con otra pregunta: ¿Qué era lo que tenían ellos cuando no contaban más que con 4.000 asociados?

Siguiendo el curso de la conferencia, oímos «que del individualismo nos salvaremos por la compenetración de los seres, que decimos los católicos». ¡Vaya otra palabra que se apropiaron!

Con pocos discursos como ese, nos dejan sin léxico a los de esta pobre Asociación, que tendremos que «discursar» por señas, hasta que también se las apropien.

Somos incautos, lo sabemos, para escuchar a alguien; ese «alguien» ha de venir de fuera, y si ese «fuera» es Madrid, mejor. Dígalo un escolar de Medicina que quiso recolectar unos aplausos para depositarlos a los pies del conferenciante, y lo que recolectó fueron murmullos, risitas socarronas y arrastre de extremidades abdominales (¡qué sabios semos!) aún por parte de los que formaban su mismo ambiente.

De aplausos, no hablemos; los chicos de no sé cuáles escuelas que, conducidos por sus maestros (desde luego tonsurados), juntaban sus manitas para aplaudir; miraban a la puerta recordando el interrumpido «marro», el «escondite», o los soldados de plomo, que estarían aburridos mientras ellos bostezaban.

Antes de terminar, quiero hacer constar la marcha de las autoridades cuando terminó la conferencia, sin pa-

rarse a escuchar a nuestro Presidente, que representaba a una entidad reconocida por el Claustro, y que protestó contra ello con la energía que le caracteriza.

Sin cuartillas, sin la carrera terminada, sin dotes de propagandista y sin actitudes teatrales que adoptar, digo y sostengo que la cortesía que no tuvieron con esa entidad claustral las autoridades, con ser autoridades, se nos pidió y fué otorgada a los que formábamos la sociedad atacada por «ellos», por los dirigidos, por los que no nos respetaron...

ALFONSO.

Alumno de la Facultad de Medicina.



A UNA PEÑARANDINA

SONETO

Una hermosa mañana de Febrero,
mañana de domingo provinciana,
me crucé con la linda castellana
de talle esbelto, de retr sincero,

de dientes de perlas, de apostura gentil,
de brillante fulgor sus ojos garzos,
de expresión altanera sus rosados labios,
de elegancia snprema, de griego perfil.

Vi tus brazos blanquíssimos y bellos
y el airoso raudal de tus cabellos;
y desde aquella mañana, ¡oh María!,

el vivo resplandor de tu mirada,
el deseo de hacerte mi adorada
hacen sentir al alma melodía.

MECEK

Salamanca y Febrero 922.



Yo te saludo... Salamanca

Ciudad de torres mil y cien iglesias,
Por su belleza, orgullo de mi España;
Pueblo de mis encantos y locuras,
Cuna de artistas de universal fama
Que tejen a tu nombre sin cesar
Artística guirnalda.

Escuela de filósofos y sabios,
Que a la ciencia proteges y amamantas;
Artístico lugar donde se albergan
Julietas y Giocondas castellanas,
Que nos fascinan con sus ojos negros
Robándonos el alma.

De donceles apuestos y gallardos,
Protagonistas de águilas hazañas,
Amorosos, alegres, pendencieros
Fuiste su chica patria.

Morada de señores que te honran
Teniendo en las artísticas fachadas
De sus palacios y casas solariegas
Un escudo con glorias y sin manchas.

Ciudad de tradiciones y leyendas
Que producen solaz al recordarlas,
Humilde, por mi numen, te saludo
¡Atenas de Castilla! Salamanca.

EL TROVADOR.

Por los niños rusos

No se ha hablado nada, o casi nada, y la cosa lo merece. No creo sea patrimonio sólo de los privilegiados en es-

trados y casonas señoriales el poder, a grandes voces, pregonar sus virtudes y el altruismo de sus actos.

El domingo de Carnaval se verificó una cuestación por distinguidas compañeras nuestras, cuyos nombres me piden permanezcan en el anónimo, y por mis queridos amigos de la Asociación general de estudiantes, de donde partió la idea de las cuales merecen el honor de nuestro aplauso.

Las señoritas colocaron banderas, confeccionadas por ellas mismas, y sus bellezas y simpatías cristalizaron en que recaudaron, contantes y sonantes, MIL DOS PESETAS Y CINCUENTA QUINCE CENTIMOS, que serán enviadas con una copia original de nuestro compañero señor Beltrán Andrés, al próximo escritor Gregorio Martínez Sierra, para engrosar la suscripción por él abierta.

Estamos muy orgullosos de nuestro proceder y felicitamos a la Asociación General de Estudiantes, por el acto de nobleza que tanto le ennoblece.

Muestra ser cristiano siempre, con tus actos, y no pregonar lo que a veces te falta.

Es lo que ahora se me ocurre.

Como un recuerdo...

No quisiera mi pluma profanar las horas felices de estos días, que, por largo tiempo, retendré en el recuerdo más sincero, para orgullo y deleite de mi espíritu que sabe sentir las cosas bellas; las cosas puras, tan puras y bellas como fueron las horas felices que pasé a vuestro lado en santa unión y admiración de todos sus encantos, por su misma sinceridad y por su misma pureza.

Y al ofrecer estas líneas, amiguitas, os ofrezco también, en nombre de todos, un ramo de flores.

Y en él hay una rosa tan linda, como linda es vuestra cara. Una azucena tan blanca, como los puros sentimientos que vuestra alma guarda. Una violeta tan humilde, como vosotras mismas; con aromas de reina que hace pensar en paraísos de ensueño.

Admitidlo, ya que ceñimos las flores, con nuestra admiración y nuestro agradecimiento, por aquellas horas felices en que veíamos vuestros ojos divinos...

En franca camaradería y en los bulliciosos días del Carnaval, un grupo de distinguidas señoritas y simpáticos escolares, se reunieron unas horas para pasar lo mejor posible las tardes, en casa de las señoritas de Covadonga, Palencia, Vélez y López García, y olvidar así por unos momentos los trágicos libros de texto.

Como jóvenes, la alegría y el buen humor reinó en aquel ambiente que, si no era precisamente ese ambiente tan *cacareado* de aristocracia, podía pregonarse la distinción más pura y la simpatía leal, de valor más positivo y más agradable.

No había en los salones escudos ni pergaminos más o menos auténticos; pero se respiraba el buen gusto, y sobre todo, admiramos los encantos de nuestras amiguitas.

Asistieron a todas estas reuniones las señoritas Eloína Galván, tan bonita y simpática como siempre; Soledad Petit, que nos dejó una vez más admirar su belleza; Concha Vélez y María Covadonga Peñamaría, que con su presencia pusieron una nota más de distinción y simpatía que no podremos olvidar, así como tampoco podremos olvidar las bellezas de Isabel Petit, Marciana y Manolita Palencia, y los encantos y charla amena y simpática de Concha Seseña, María Seirullo y Filomena y Nati López García, que con las preciosas y simpáticas señoritas Emilia Sánchez, Filomena S. Cayetano, Emilia Pedraz, Matilde M. González y Constantina X, formaban un conjunto digno de mejores admiradores.

El sexo fuerte y *preciso* (¿no, Miranda?) estaba representado por Rafael Cáceres, Cuadrado, Miranda, Quiñones, Rebollo, Beltrán Andrés, Cayetano, Escalante, Fernando y Enrique P. Peñamaría, Casimiro Sánchez, Julián Palencia y un servidor de ustedes, que, con nuestro buen humor y las ocurrencias de todos, contribuimos a pasarlo lo mejor posible.

Se hizo un poco de baile y canto, donde *nos lucimos todos* en dicho arte, y donde Isabel Petit, Concha Seseña, Constantina X y Manolita Palencia, lucieron también sus dotes tan valiosas, cantando couplets con mucho gusto y mucha afinación.

Igual que Escalante y yo, que cuando cantábamos, nos *llovían* hasta las fundas de las sillas. Menos mal que Cáceres lo tomaba en serio y Miranda nos echaba una *perorata* con *precisión* y elocuencia.

Hasta Cuadrado, con la encantadora niña Teresa N., se bailó magistralmente una jota.

En fin, que pasamos las tardes tan bien, que nunca las olvidaremos. Sólo pido que no sean las últimas.

No quiero terminar ésta reseña (¿?) sin hacer constar nuestro agradecimiento a los señores de Peñamaría, Vélez, Palencia y López García, que tan amables supieron recibirnos en sus salones, poniendo en nuestro honor todas sus simpatías y la amabilidad de su carácter, con obsequios que siempre sabremos agradecer.

¿Hasta cuándo, simpáticas amiguitas?

EL CONDE DE ROCAS.

LLANTO EN EL ALMA

¡Pobre Enrique Vila! Parece verme tan insignificante, tan cohibido, como si le diese vergüenza de sí mismo. Más razón tenía para ello que para enorgullecerse de sus gracias personales. El lo reconocía: era chiquitín, escuálido; una corcova milenaria le servía de baluarte; sus pies longísimos, su grande cabezota, que se movía como un péndulo sobre su cuerpo canijo, su boca coronada de unos dientes amarillentos, su roma nariz... ¡oh, cuánta desfachatez y soberbia se requería para no advertir tanta fealdad, casi monstruosa!... De su rostro de lechuza resaltaban unos ojos negros, fosforescentes, por donde parecían escapar las radiaciones de su alma; ojos somnambúlicos de romántico, que sueña despierto; sus ojos, que entre el círculo magnético de sus pupilas, con negruras de jaspe, le hacía simpático, de una simpatía mezclada de lástimas...

Y, sin embargo, quería ser conocido, soñaba con la admiración de las gentes. A solas, encerrado en su cuarto de estudio, daba rienda suelta a su imaginación, y se sentía ilustre, proclamado gloria patria: su nombre correría de boca en boca, tal que el de un santo, pronunciado con unción, hasta por sus mismos enemigos, escollos en el proceloso mar de la gloria; los patricios, las personas más alcurniadas, con sus blasones y sus pergaminos, las autoridades, todos le rendirían homenaje, solicitando su amistad; sería el elemento indispensable en banquetes y reuniones...

Corrían vertiginosos la mente y el deseo por el reino del ensueño, donde la justicia impera y se tributa pleitesía a los espíritus superiores...

En aquellos instantes, libre el ánimo de la corporal envoltura que le retenía como en un hipogeo, se sentía feliz. Y entonces, cuando la gloria sublime e inmortal le sonreía, poníase a escribir

con ahinco, con fe; exprimía la rabia de su alma, haciéndole destilar en el papel todas las heces, todas las nostalgias y melancolías; apostrofaba impiamente a la naturaleza, tan reacia e inhumana para con él, lloraba con lirismo tierno y apiadante los desdenes de su amada, forjada por su imaginación y su alma de consuno, de sedosa cabellera rubia, ondulante cual el viento, vaporosa de talle, de ademanes melancólicos y de habla de Sibila: todo como el poeta enfermo lo deseara...

¡Oh, la ternura de su canto, tal vez demasiado sensible, que parecía diluir en el pecho el placer de la tristeza!

A mí me leyó sus elegías y he de confesar que la carnavalesca facha del vate resaltaba más y más: las deformidades de su cuerpo se acentuaban, el gesto ridículo, su torso irregular y viciado, las grotescas piernas, los ojos como faros en la oscuridad: todo él movía a risa. ¡Y no obstante, eran tan conmovedoras sus canciones, tan punzantes sus epigramas, tan tiernos y bonitos sus madrigales, flores de primavera en un jardín de invierno, tan tristes y melancólicas sus dolores, que yo, olvidando su fealdad, le alentaba, le daba esperanzas, como hacían otros conmigo, y él, agradecido, me sonreía casi feliz, brindándome su ingenua amistad como joyel el más valioso del joyero paupérrimo de su carne...

Pero la realidad, paradojismo de la verdad, pues hace ser lo que no debe ser, surge entenebreciendo las limpideces del alma y nos retrata tal y como somos, como parecemos a los demás. Lo mismo le acontecía a Enrique.

En cuanto las brisas callejeras le serenaban la mente calenturienta, sentía que el alcázar de sus ensueños se venía abajo, cual si fuese humo; el rosicler del rubor invadía sus mejillas: avergonzándose de sí, de su antiestético porte. ¿Cómo podía, pensaba, contener aquel osario tanta poesía, tanto misticismo? Imposible. En él los versos más sublimes serían rípidos, estertores de agónico. ¡La poesía, el arte, lo inconcebible, dentro de lo ridículo, de un irrisorio pingajo carnal.

Imposible, imposible; perdería todo su mérito. Ya no soñaba, era la realidad, la imponente realidad que se manifestaba en el sarcasmo agresivo con que era inspeccionado por la mayoría de las gentes; este chulo le escupía una grosería, aquella modistilla se reía descomedadamente de él; los golfillos, en su argot callejero, le dirigían los piropos más insultantes, algunas personas prudentes, muy pocas, le inspeccionaban con compasión y por último, sus amigos, los entrañables compañeros de estudio, le saludaban, burlescos y juerguistas, con cáusticas indirectas...

El a todo sonreía, con sonrisa beatífica, forzada; pero, ¡si supieran cuánto daño le causaban!

Y Enrique, sin fuerzas para sobreponerse a los demás, para vomitarles en pleno rostro tanto mal como le inferían, buscaba la soledad donde, al arroyo de los árboles movidos por el aura, encontraba un lenitivo a la enfermedad incurable de su alma...

Yo le acompañé a veces a su Tebaida, a lo que él llamaba su Tebaida, y le contemplaba estatuario, las gudejas de azabache caídas al desgare sobre su cara, escribir sus madrigales, resurgir sus ensueños de gloria que, al retorno del voluntario exilio, habían de caer corroidos por las burlas de las gentes. — EL VAQUERILLO.

SASTRERIA DE M. G. PAÑOS Y NOVEDADES

E. DOMINGO HERNANDEZ

DOCTOR RIESCO, 36 SALAMANCA

AURELIANO BAJO RUIZ

Salamanca

QUINTANA, N.º 3 (Junto a Teléfonos)

LIBRERIA CUESTA

Plaza Mayor, 14

SALAMANCA

DE MI CARNET

No eran erróneos mis cálculos, al suponer, como en mi crónica anterior hacía, que el niño ciego se mostraría pródigo con mis lindas amiguitas, en los días de carnaval, aunando corazones que, desperdigados vagaban errantes en busca del amor, que hallarían en alguna fiesta benéfica o baile aristocrático de los muchos que en estos días se celebran, formando parejas que, deliciosas, se unirían para bendecir al Dios del amor, que tan felices les hacía.

Muchas lo han logrado: han visto realizados sus dorados sueños, logrando, al fin, después de grandes trabajos, desplumar la pavita detrás de la reja de sus ensueños.

Otras... ¡qué desgracia!, han visto desfilar multitud de enmascarados y sinfin de Pierrots, sin que ni uno solo haya tenido la delicadeza de pararse a deslizar en sus oídos una frase galante o alguna flor oportuna.

Y otras, en fin, que tenían su apañío, como vulgarmente se dice, lo han perdido en la farsa de estas mascaradas carnavalescas, en algún baile inoportuno.

Para vosotras, las dos últimas, mi sentido pésame; para las primeras... mi más cordial.

UNO DE LOS NEOFORMADOS

¿No han visto ustedes reproducido frecuentemente el siguiente hecho?

Organízase una fiesta benéfica, que bien puede ser *pro niños rusos*, o cosa parecida.

Varias lindas jovencitas postulan por las calles asesoradas por un grupo de jóvenes, más o menos galantes y tenorios. Pronto se destacan de la vulgaridad del grupo uno o dos que transforman la fiesta benéfica en un asedio feroz a alguna de las postulantes, terminando en la reja o... en la Iglesia, si se descuida.

Al pasar uno de estos grupos por nuestra ciudad, decía a un viejo, otro ducho en estas materias. «Esto es *coba*, don Galiano, alguna de esas Marías postula con las dos manos, y enredará monedas de cobre y... corazones humanos»; y con una sonrisa socarrona se marchó.

Me enteré después que en el grupo a que se referían, un joven *exacto cuadrado* y algo tenorio, pretendía desbancar a un pequeñito, pero elegante y derecho mancebo del que la niña decía con sal, expresando su sentir: éste es *mi randa*.

La feróz, la desvirtuaron, encargándole al pequeñín una amiguita bastante mona por cierto, quedándose el presunto tenorio solo en el campo de batalla.

Con toda reserva, voy a publicar la siguiente noticia, sabrosísima, por cierto, que escuché detrás de un disfraz, en el aristocrático baile de Liceo.

Decíale un Pierrot a una aldeana entre las vueltas de un castizo pasodoble: Deseas que murmuramos algo de novios, pues verás.

Pasaba yo por entre un *corrillo* de mujeres, no ha muchos días, en esta misma Salamanca, cuando *al ver* todas las maniobras que hacían al unísono, como si estuvieran amaestradas de antemano, picó mi curiosidad e hizo que me detuviera, observando la más rara y curiosa escena.

Apareció de repente un joven enlutado, serio y formal, que deshojó una *margarita* que llevaba en las manos, dando una hoja a cada una de las del corrillo, en prueba de amistad y agradecimiento. Una de las ofrendadas, rubia por cierto, se adelantó al medio, y cogiéndole de una mano, le dijo:

«Yo soy la elegida; me ha tocado la hoja marcada con la cruz, y por tanto, me pertenezco». — Y sin decir más, se lo llevó orgullosa.

Hemos sabido, después, que todo lo había arreglado un *chiquitín*, al que maneja su novia como quiere, y presidente probable de la Asociación Católica, según nos dijeron.

A ese paso pronto casas a todas las hermanas y amigas de tu querida novia.

¡Qué suerte tienes!... Pero díla que te emplee mejor.

Voy a poner a prueba la perspicacia de mis lindas lectoras, en aquesta pareja, que por lo delicado que es el asunto, habrá de ir un poco más ensombrecido que de costumbre; pero siempre lo suficiente claro para que las inteligencias privilegiadas lo conozcan.

CAMISERIA INGLESA
CORBATAS, GUANTES,
BASTONES
GÉNEROS DE PUNTO
ROPA BLANCA
Plaza Mayor, núms. 44 y 45

¿No se fijaron ustedes en el baile del Liceo, en una máscara que, por lo *popularmente* vestida, y las líneas de sus pantorrillas, llamaba la atención hasta de los *casados*?

Estoy seguro que en todos los palcos se gastaron más de dos sacos de *confetti*, sólo por ella, y para éstos, con estas señas les basta, y ya la estarán recordando como un sueño.

Pero lo que ellos no saben es que la citada joven (de la buena sociedad, por cierto), había mandado una invitación a un acaudalado estudiante de Medicina (libre, para más señas), y que decía lo siguiente, copiado al pie de la letra: «Una admiradora que, enmascarada, irá al baile, le envía esta invitación, como prueba de su admiración.» *Fattemberg* era su firma. Debajo decía: «Espero asistir».

El pollo, recién llegado a esta capital, me consultó el caso, y el pobre, careciendo de traje apropiado para asistir al baile aristocrático, por consejo mío asistió de Pierrot. ¿No lo vieron ustedes? Los botones eran amarillos.

Y allí ocurrió un *mare magnum*; ante tan radiantes bellezas fué a fijarse en una que le gustó y con ella se arregló.

Pateaba, según he sabido, la enmascarada, de rabia, y la pesaba, una y mil veces, haberle mandado invitación.

¡Consuélate: pienso declararme a ti; pero... cuidado con paquearme!

CASANELLAS.

PICOTAZOS

Es un negocio. Digo esto, por la sencilla razón de que los de la Asociación Católica, proponen una cuota para sus asociados, *siempre más baja* que la de la A. G.

Y aquí está el negocio, pues los de la General no ponen nada; así es que ¡hasta os darán dinero!

Y a propósito de esto. En la Facultad de Medicina los seis asociados a la Católica

Paños y Novedades de Iglesias y Hernández
Dr. Riesco, 17. - Salamanca
La casa que tiene más *sutido* y más barato vende.

ANTIPALUDICO BUSTOS
Cura el paludismo crónico, por muy rebelde que sea, y toda clase de fiebres perniciosas.
PEREZ PUJOL, 5.

ca, son de la junta. Vivan las buenas organizaciones. Con decir que no pudieron nombrar Junta general, por no tener a quien darle los cargos. Pero eso no quita para que tenga 400 asociados.

Así, resultó también que al banquete de mi querido amigo Gil Robles, fueron *once* estudiantes.

Si como particular se lo hubieran ofrecido, dejando aparte la Asociación, ya hubiera sido otra cosa.

Ya empezamos, señores diputados del Hospital. Piénsen, que si defendimos nuestra causa con tesón, con qué valor no

defenderemos nuestro honor. Ya me entienden ustedes, y con eso me basta.

El señor Arroyo tiene un concepto de la moral más elevado que los ricos salones de las hermanas.

DR. CANTÁRIDA.

NUESTRO BUZON

A. C.—Lo sentimos mucho; pero ya se ha hablado bastante del asunto.

El Príncipe Bohemio.—No nos gusta, y, además, la historia no puede ser más vulgar. Carece en absoluto de sentido literal.

Jotaté.—Guarda turno. Le agradeceremos escriba las cuartillas por un solo lado.

M. Burgos.—Para otro número.

LA MUSA FRÍVOLA
EL ÚLTIMO «PIERROT»
En el misterio del jardín
—que una luz pálida ilumina—
se oye reír a Colombina,
enamorada de Arlequín.
¡Qué pillín!
En la alegría del salón,
Pierrot el pecho se desgarró
y hace llorar a su guitarra
todo el dolor de su aflicción.
¡Qué guasón!
Riela la luna en los estanques;
todo es silencio y poesía;
una suave melodía
arrulla leda a los amantes.
¡Qué tunantes!
Pierrot pasea la mirada
por la insensata bacanal,
y maldiciendo al Carnaval,
deja escuchar su voz airada.
¡Qué primada!
Velan los mirtos y rosales
la vil traición de la hembra impura,
que ha sucumbido a la dulzura
de unos galantes madrigales.
¡Qué frescales!
Un indiscreto que lo vió,
a Pierrot busca y se lo cuenta;
y ante lo grave de la afrenta,
Pierrot el canto suspendió.
¡La que se armó!
Lleno de celos y despecho,
busca a la ingrata en el jardín;
y, al verla en brazos de Arlequín,
un puñal clavala en el pecho.
¡No hay derecho!
Luego a su hazaña criminal,
pone cruel, segunda parte,
y con el mismo puñal parte
el corazón de su rival.
¡Qué animal!
Y haciendo añicos la guitarra,
con voz doliente entona una
endecha fúnebre a la luna,
mientras el pecho se desgarró
llorando toda su aflicción...
Y aquí termina la tabarra.
Lector, perdón.
JULIAN SALGADO.
Carnaval de 1922.

LA IMPERIAL
CALZADO DE LUJO
Doctor Riesco, 13 y 15

SASTRERIA OLMO
Rúa, 3 - Salamanca

Sastrería Fidel
PAÑOS Y NOVEDADES
Rúa, 7 - Salamanca

INDIRECTA ABECEDARIA

I

Era en la iglesia B; por razones C, un estudiante D, asistía a dicho templo a la hora E.

II

Este estudiante, como otros muchos, estaba bajo la influencia y magnetismo de los ojos de una chica rubia, F; se conocieron en el teatro G; el joven, después de pensarlo mucho (pues no es de los del plan de novias) y a instancias y ruegos de su amigo H, por fin se declaró a la rubia de cabellos de oro, no saliendo mal del todo en tan arriesgada empresa, y con el objeto que saliera aún mejor, recurrió a todos los medios que estaban a su alcance; así es que la novia J de su amigo H supo que, tal vez insistiendo, sacaría provecho.

III

En una de las entrevistas que tuvo con la que más quería en este mundo, conoció a K, hermana de F, muy simpática, de genio alegre, que con sus infantiles travesuras les daba mucho que hacer a las profesoras del colegio L. A dicho colegio asistían también dos jóvenes señoritas, LL y Ñ (con la región tiroidea muy expedita, e ídem ídem la región auricular); pues, bien: estas señoritas, muy simpáticas por cierto, y muy bien educaditas (creo

que son de las muy pocas que de O se quieren enterar), viéndolo completamente aisladas del mundo exterior; estas señoritas, repito, son amigas de colegio de la hermana de F.

III o IV

M aquí, estoy en S, y recibo la desagradable sorpresa que mi amigo D me dá; su mayor ilusión se la quitan, pues le dice su amiga T que F no le quiere.

—Pero, hombre, ¿cómo te enteraste? ¿Y si no es verdad?

—Como las señoritas LL y Ñ de todo se enteran, tienen a una amiga V que se lo ha di-

cho a T, que es la que me lo dijo a mí.

—Pero, explicate bien: ¿cómo ha podido ocurrir eso, cómo se han enterado y por qué?

—Pues, verás: el día U fui a misa y no fué la que con tanto interés deseaba que fuera, pero sí su hermana K; yo le pregunté por qué no había ido F, y el por qué no lo sabía; LL y Ñ (alguaciles de pueblo), al ver que hablaba con K, estuvieron esperando que terminase yo para empezar a preguntarla qué es lo que yo la había dicho, y, según ellas, K les dijo (que no lo creo) que su hermana no me quería.

—De eso saco dos conclusiones: la primera no te debe importar una A y la segunda es que, ya que tanto interés se toman por ti esas niñas, debes pretender a la que más te guste, pues seguramente te quieren mucho y te dirá que sí.

—Quidá, hombre, yo me marché a Madrid enseguida a coger la línea de mi pueblo, de M. Z. A., y después R. I. P.

EL MIGUELETE.

DE NUESTRO CONCURSO

¿En qué se parecen los niños hambrientos de Rusia a un tambor?

En que los niños piden pan y el tambor pan parapan pan, etcétera.

///

¿En qué se parecen los viejos verdes a unos bisturís recién vaciados?

En que los bisturís están afilados y los viejos, en los varietés, van a fila dos.

TRIN Y TATO.

Pasatiempos

Solución a los del número anterior:

A la charada: CALABAZA.

Al logogrifo:

A ndalucía.
A N tonio.
Se G ovia.
Cr E spo.
Wey L er.
N A bo.
B arbero.
Mej A s.
Zamo R a.
So R tija.
Alar I co.
Braser O .

///

CHARADA

Modos de orar

En segunda primera-tercera dicen segunda-tercera con primera-tercera-primera y primera-segunda-tercera.

(Las soluciones, en el número próximo).

MURCIÉLAGO.

Imp. «Editorial Salmantina»(S. A.)

FARMACIA Y DROGUERIA
GASPAR ESCUDERO
ALVAREZ
Mercado, 9. Salamanca

Mobiliario médico. Economía en presupuestos. Instrumentos de Cirugía y Ortopedia, gran surtido. Perfumería y artículos de tocador. Soliciten precios en el ramo de Mobiliario y Cirugía

Casas CENTENERA
CORRILLO, 24
Y ZAMORA, 3

LAS CASAS MAS SURTIDAS EN GABANES, GABARDINAS, PELLIZAS Y TRAJES PARA CABALLEROS Y NIÑOS

SASTRERIA A MEDIDA

GRAN FOTOGRAFIA
Ansedé
y
Juanes

Encargados de la confección de fotografías para los "carnets" de la Asociación de Estudiantes.

DOCTOR RIESCO



Se retrata de noche con luz artificial

La Revoltosa - CALZADOS DE LUJO
: Y ECONOMICOS :
LA CASA MEJOR SURTIDA
Y QUE MAS BARATO VENDE
Plaza del Mercado, núm. 3.

LA INGLESA - Calzados
: finos :
M. BLASCO
Dr. Riesco, 2 y 4 - Salamanca.

FOLLETON DE «LA TRIBUNA ESCOLAR»

ALMA ERRANTE

NOVELA ORIGINAL E INÉDITA, POR DON NADIE

(CONTINUACIÓN)

saltos, habían dejado huellas enormes. Don César había decaído visiblemente. Con el pelo ya casi blanco, con arrugas en su cara, encorvado, sin casi fuerzas para hablar, más bien parecía que suplicaba.

Doña Trini ya no era ni su sombra. De aquel carácter algo impulsivo e inflexible, ya no conservaba ni energías para discutir. Todo le parecía bien. Además, de sobra sabía que su hija no era feliz.

—Vienes agitadísima. Ya te he dicho que no te conviene andar tan de prisa.

Y al decir «no te conviene», miraba a su yerno casi interrogándole.

—Nada de eso, mamá. Es que... sabes, fui a acompañar a las de Gómez y... luego me acompañaron ellas a mí.

—Bien—dijo don César—. Bonita manera de pasearse. Demonio de chicas. ¡Qué cosas inventáis para hablar a vuestro gusto!

—No, papá; es que recordamos cosas de cuando estaba soltera, y a mí me gusta mucho oírlo.

Al principio sintió pesar por haberlo dicho, y miró a su marido. Pero éste, o no se dió cuenta, o no quiso. Cambió enseguida la conversación.

—Como le decía a usted, don César, no será dentro de mucho tiempo cuando encuentre el fa-

moso pergamino; pero para eso no hay que correr, no hay que correr; y si no, venga usted y verá.

Don César soportaba aquellas tabarras filosóficas y a todo le decía que sí. Todo le parecía admirable, aunque no entendiera una palabra. Por eso sentía ir a casa de su hija...; pero no había más remedio.

Cuando quedaron solas, madre e hija se miraron durante largo tiempo sin decirse una palabra.

—Tú creerás que soy feliz.

—Ya lo sé, hija mía. Pero ten calma; si ahora no estáis unidos, ya os unirá algún rapazuelo...

—Si no me quiere, si parece que le importo poco en todo... Pero no temas, madre; ya sé lo que sería un disgusto para vosotros. No temas; sufriré resignada este martirio. No faltaba más, mamáita.

Y la acariciaba y besaba. Era el único rato feliz que pasaba en todo el día.

Es decir, no. Había otro: quizás...

///

Cuando la campana, con sus rítmicos golpes, anunciaba el comienzo de la novena, salía de su casa Carmen, en dirección a la iglesia.

Una niebla espesa envolvía el ambiente de aquella ciudad. Sólo rompía su opacidad el fulgor de los faroles y la luz que se escapaba por los balcones de las casas, de las que salían sus habitantes en la misma dirección.

Carmen se alegraba de aquella semioscuridad. Aquella noche había de hablar con Manolo;

pero ya no tenía tanto miedo. ¡Sentía una satisfacción tan grande cuando le veía!

Todo el tiempo que duró la novena, Carmen estuvo rezando. No sabía por qué; pero rezaba mucho, casi sin fijarse: su pensamiento no estaba quieto. Le atormentaba la idea de que no hubiera ido aquella noche. ¿Estaría allí? ¿Se habría marchado sin despedirse?

Miró rápidamente; pero no pudo ver nada. Un montón de personas arrodilladas, de caras graves y de un color rojo que le comunicaban las mortecinas llamas de las velas, oían con santa unción las palabras del sacerdote. ¡Y cuántas, como ella, habría con pesares y disgustos! ¡Cuántas habría que a los pies de Jesús esperarán el bálsamo consolador de la fe, y, con él el sosiego de su alma!

Cuando Carmen salía de la Iglesia, él la esperaba ya en la misma travesía que el día anterior.

Allí nopasaba nadie. Podrían hablar tranquilos, podrían esquivar las miradas curiosas de comadres que sólo se dedicaban a pregonar noticias.

Enseguida oyó sus pisadas, y entre la espesa niebla vió como se acercaba.

La esperaba como antes, cuando gozaban libremente de su cariño, y se decían sus secretos para encontrar la felicidad soñada. Pero ahora no le pertenecía. Lo que causaba admiración y envidia, ahora para las gentes era un sacrilegio. ¡Un sacrilegio! que dos corazones se busquen; sacrilegio, que dos almas busquen el calor que su espíritu necesita, y... que castiga la sociedad, cuando es la causa de los mayores sacrificios.

—Ya veo que aún te acuerdas de mí.

(Continuará)